

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Eugenia Fraga

Estudiante de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA

euge.fraga@hotmail.com

Eje 9. Teorías. Epistemologías. Metodologías.

Las Comunidades Posmodernas

Como podemos apreciar, la retórica comunitaria aparece en nuestros días, no sólo en distintos ámbitos de la vida social, sino también en teorizaciones sociológicas sobre el presente. No se trata únicamente de un fenómeno relegado a lo discursivo, puesto que tanto en lo político como en lo teórico, estas semánticas encierran programas concretos de organización social diferentes al actual. En particular, haremos referencia a movimientos sociales que, a la vez que impugnan las formas de socialidad vigentes, proponen modelos alternativos a las mismas. Ecológistas, feministas, pacifistas, socialistas, subculturales, autonomistas, por nombrar algunos de ellos, constituyen fenómenos de crítica distintos, pero parecen coincidir, sin buscarlo, en que todos se "refugian", a la vez que adquieren su identidad, en el ejercicio o en la defensa de prácticas comunales o comunitarias. Partiendo de esa base, haremos un rastreo del concepto de "potenciales de protesta" tratado por J. Habermas, relacionándolo con el concepto de comunidad entendido en una de sus variadas acepciones: comunidad en tanto utopía superadora de la sociedad moderna. Por su parte, entenderemos la noción de utopía, siguiendo a B. Frankel, como una creación intelectual ideal en que la imaginación proyecta la resolución de los problemas de la modernidad.

Palabras clave:

comunidad - modernidad tardía - nuevos movimientos sociales - globalización - utopía

Este trabajo girará principalmente en torno a tres ideas (comunidad, movimientos sociales y utopía), y a las formas en que ellas se articulan. En primer lugar estableceremos las diferentes formas de entender a la comunidad, que en este trabajo serán cuatro, y que constituyen un resumen de análisis de obras teóricas de sociología clásica, desarrollados previamente por el grupo de investigación del cual en la actualidad formo parte. Luego avanzaremos hacia la problemática comunitaria más actual, que nos servirá para contextualizar nuestro análisis en la modernidad tardía y delinear una nueva clasificación: comunidades "desde arriba" y "desde abajo". Una vez hecho esto, con la ayuda de Habermas definiremos los tres tipos de potenciales de protesta: de repliegue, de resistencia y de emancipación. Más adelante cruzaremos estas tres herramientas conceptuales y las usaremos para adentrarnos en la temática de los seis movimientos sociales considerados más relevantes en nuestros días en el mundo occidental. Finalmente, nos dedicaremos a profundizar el concepto de utopía, a partir de la opinión de varios autores, intentando establecer comparaciones con lo trabajado hasta aquel momento.

1. Comunidad en la teoría clásica y contemporánea

Hay mucho para decir sobre el concepto de comunidad, que acompañó a la sociología desde sus comienzos: *"La comunidad es uno de los conceptos más controvertidos de los empleados por la sociología. Es un valor polisémico que hace referencia a múltiples realidades y perspectivas, desde aquellos que emplean la comunidad como objetivo de la anhelada vida buena, hasta aquellos otros con fines más prosaicos que hablan de comunidad de interés o los que están empeñados en su particular cruzada intentando construir comunidad siguiendo los dictados de la tradición. Unos discursos y otros están convencidos de que la comunidad obedece al imperativo antropológico del encuentro social y a la profunda necesidad de crear sentido y dar forma a la socialidad humana."* (Gurrutxaga, 1991, p. 36). Podemos citar a muchos autores clásicos y contemporáneos que lo utilizaron y lo utilizan, pero preferimos abordarlo a partir de un corte teórico-analítico antes que histórico, para facilitar la tarea propuesta de ponerlo en juego con los demás conceptos planteados.

Apoyándonos en los trabajos del grupo de investigación a cargo de Pablo de Marinis (de Marinis, 2010), podemos establecer que "comunidad" puede entenderse en diversos sentidos. En primer lugar, la comunidad es una de las dos partes que conforman la famosa dualidad comunidad/sociedad, creada para explicar dos formas típicas de relacionarse: las relaciones societales serían frías, impersonales, contractuales e interesadas, mientras que las comunitarias son estables, cálidas, afectivas, y naturales (pensemos por ejemplo en los tipos

ideales weberianos). Como segunda acepción, la comunidad es la forma social histórica que precede a la sociedad actual, es decir, las formas sociales premodernas, precapitalistas (acá el ejemplo paradigmático es el paso de las sociedades segmentarias a las sociedades organizadas, según Durkheim). Una tercera forma de entender a la comunidad es en tanto núcleo necesario de toda vida social, aquel abstracto "lugar" donde reside la entidad misma de una sociedad cualquiera, aquello que evita su desintegración (aquí es donde aparece el concepto parsoniano de comunidad societal). Finalmente, la noción de comunidad en la que haremos hincapié en este trabajo: comunidad en tanto utopía superadora de la sociedad actual (por supuesto, acá el ejemplo es el modo de producción comunista-científico marxiano). Es necesario aclarar, sin embargo, que los ejemplos que dimos para cada uno de los significados de comunidad no son los únicos posibles; de hecho, en todos los autores clásicos encontramos siempre varias formas simultáneas de utilizar el concepto, superpuestas. En otras palabras, esta tipología es meramente analítica. Todas estas comunidades reaparecerán más adelante, en nuestro recorrido por los movimientos sociales.

Como se habrá notado, hasta ahora sólo nos ocupamos de las conceptualizaciones hechas entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX. ¿Pero qué hay de las épocas más recientes? Por empezar, deberíamos profundizar a qué nos referimos cuando hablamos de "épocas más recientes". Existe en las ciencias sociales un debate abierto sobre la posmodernidad, en el cual no ahondaremos, pero que volveremos a mencionar más adelante. También en la vida cotidiana, desde el sentido común, existen opiniones respecto de si estamos o no en una "nueva era" de la historia, como consecuencia de los acelerados y continuos cambios en todas las esferas de la existencia. Más allá de esto, establecemos que cuando aquí hablemos de modernidad tardía, posmodernidad, actualidad, presente, o similares, lo haremos en su sentido más llano: será una mera referencia al período que va desde la segunda mitad del siglo XX hasta la fecha. *"A partir de la década de 1960 [...] se ha convertido de algún modo en un lugar común decir que estamos atravesando la aurora de una nueva época. El flujo de escritos sobre la índole de la nueva fase de la historia ha sido incesante."* (Frankel, 1988, p. 11) A pesar de esto, cabe destacar que si marcamos el quiebre temporal entre una primera y una segunda etapa de la modernidad, ello se debe a que encontramos ciertos rasgos diferenciales entre ellas. El quiebre lo explicamos, justamente, por la aparición de nuevos movimientos sociales, considerando a los antiguos movimientos sociales como aquellos que se ocupaban de los problemas de distribución. Esto lo profundizaremos más adelante con Habermas.

Así como a fines del siglo XVIII muchas personas comenzaron a sentir que algo en el

mundo estaba cambiando, y de hecho dedicaron esfuerzos a que así fuera, al punto de autodenominarse modernos, así también en este último tiempo existe la percepción generalizada de que ya no vivimos en el mismo mundo y de la misma forma que nuestros antecesores. "La diversidad de nombres que existen para designar la nueva sociedad indican tanto variedad como convergencia: variedad en las bases desde las cuales se contemplan los cambios, como también en la caracterización de las principales fuerzas promotoras del cambio; convergencia de la idea de que las sociedades industriales están entrando en una nueva fase de su evolución, marcando una transición tan importante como la que cien años atrás hizo pasar a las sociedades europeas de un orden social agrario a un orden social industrial." (Krisham Kumar, *Prophecy and progress*, citado en Frankel, 1988, p. 12). Estas cuestiones también son tratadas por autores del campo de la sociología, por ejemplo Giddens, que lo hace a través de su concepto de "modernidad reflexiva".

Una vez aclarado esto, quisiéramos dedicarnos a buscar -sintéticamente, ya que este trabajo se basará en teoría clásica- las conceptualizaciones que fueron hechas en esta segunda etapa moderna. La comunidad aparece ahora en dos frentes diferentes: por un lado, podemos vislumbrarla en los escritos de los teóricos de la época, y por otro, la encontramos en los escritos de diversos ensayistas sociales. Respecto al primer frente, tanto en Habermas con su "comunidad de comunicación" como en Giddens de la mano de sus "comunidades reflexivas", vemos que el concepto se acerca a la que definimos como su cuarta acepción: comunidad como utopía superadora. Ya sea para revertir la colonización y la desertificación del mundo de vida, o para restaurar la seguridad ontológica perdida por el desanclaje, estas comunidades contienen posibles remedios a las patologías de la modernidad (Bialakowsky, 2010). Paralelamente, en el frente ensayístico, encontramos también esta concepción normativa de la comunidad: como negatividad de lo dado, como resurgimiento de algo perdido, como pasaje ideal de la sociedad a la comunidad (de Marinis, 2011). Escritos del siglo XIX, del XX o del XXI, teoría dura o ensayo social, la comunidad en la modernidad, más allá del lenguaje utilizado por cada autor, sabe a utopía. Esta afirmación es la que intentaremos sostener de aquí en adelante.

Antes de continuar con nuestro cometido, queremos remarcar que, en la actualidad, la comunidad no es sólo tema de estudio sino también de agenda política. De la política de profesión, y de lo político en la sociedad civil. Es decir que la retórica comunitaria queda planteada en un doble movimiento, "desde arriba" como discurso y como política pública, y "desde abajo" como autoadscripción y como práctica efectiva (de Marinis, 2011). De esto último, de la "comunidad desde abajo", es que queremos ocuparnos a continuación, teniendo

en cuenta los dos elementos que acabamos de establecer como básicos para definirla. Entenderemos autoadscripción como la adquisición de una identidad en la que un grupo se reconoce, sea a partir del rescate de un pasado histórico o ideal, de una crítica fundada o no al presente, o del deseo de alcanzar un futuro diferente, posible o imposible. A su vez, entenderemos a las prácticas efectivas de una "comunidad desde abajo" como todas las acciones llevadas a cabo en forma pacífica o violenta, pero siempre comunitarias -es decir, en este caso, grupales, voluntarias y afectivas- en pos de una idea abstracta o concreta que se defiende y se persigue.

2. Modernidad, globalización y movimientos sociales

Retomando el tema de los cambios acelerados producidos en forma constante y creciente, podemos ver que dicho proceso no se reduce a cuestiones aisladas y específicas - como puede ser el avance de la tecnología-, sino que de hecho se da todo un proceso de cambio a nivel estructural. Es aquí que surgen palabras como globalización, mundialización, transnacionalización, las cuales nos llevan a pensar que todo se agranda a la vez que se acerca, que todo se extiende a la vez que se concentra. Pero no se trata de un proceso neutral: lo que se homogeneiza en forma universal, no es universal en su origen, sino que son formas particulares, espacial y temporalmente situadas, y por ello interesadas, que se imponen desde fuera, en modos más o menos directos, al resto del mundo. Mirando un poco más, vemos que de la mano de ese movimiento "hacia afuera" surgen en todo el globo fuerzas regionales y locales, a nuestro parecer, justamente como consecuencia de esa globalización, lo que podríamos llamar una reacción frente a ella. Y ese movimiento reactivo "hacia adentro" tampoco es neutral, puesto que se constituye al impugnar, desde algún ángulo, el orden establecido. Es decir que más allá de las especificidades de cada una de esas fuerzas, todas comparten el hecho de ser respuestas políticas tanto al proceso de globalización, como al contenido de lo que se globaliza.

Sin embargo, a diferencia de las comunidades premodernas, que pertenecían al ámbito de la esfera pública, es decir que eran de carácter indispensable para la vida en común, y que ocupaban la totalidad de la vida de las personas, las comunidades que encontramos en el presente son casi siempre constituidas por elección, además de que se puede entrar y salir de ellas a lo largo del día y de los años. Como afirma Gurrutxaga: "Los comportamientos comunitarios quedan definidos como refugios privados. Sólo adquieren significatividad en el encuentro intersubjetivo." (Gurrutxaga, 1991, p. 36) En tiempos en que la vida social se caracteriza por procesos constantes de desmembración, desintegración, individuación y

subjetivación -como tan detalladamente aparecen descritos en los textos de Elias y de Simmel, por ejemplo-, la aparición de lazos comunitarios difícilmente pueda darse en forma total y absoluta; antes bien, estos aparecen fragmentados por amplios espacios de lazos y acciones no-comunitarios -o societarios-.

Las fuerzas "hacia adentro" que mencionamos más arriba, aquellas de sentido opuesto a las de transnacionalización, son lo que se conoce como movimientos sociales. Para especificar la definición de los mismos, haremos uso de la noción habermasiana de "potenciales de protesta", y del análisis que el autor hace del tema en el segundo tomo de Teoría de la Acción Comunicativa. Para Habermas, el conflicto social -potencial o en acción- implica una crítica a la modernidad que se encarna en los diversos movimientos de protesta, en un contexto histórico de reemplazo de los "viejos" problemas de distribución (típicos de la primera fase de la modernidad, y que el Estado Social o de Bienestar ya ha institucionalizado) por unos nuevos. Estos novedosos problemas sociales se relacionan con la calidad de vida, la igualdad de derechos, la autorrealización individual y la participación, es decir, las cuestiones que hacen a las gramáticas de las formas de vida. En otras palabras, se trata de problemas cualitativos y subjetivos, surgidos por las consecuencias autodestructivas del aumento de complejidad del sistema, en los puntos de sutura entre este y el mundo de la vida. En este sentido es que creemos posible conectar los potenciales de protesta con lo dicho anteriormente sobre la comunidad: sea porque como grupo se identifican con un pasado, se contraponen al presente o idealizan un futuro, los movimientos sociales generan lazos comunitarios.

En palabras de un autor que trata el tema de estos movimientos, relacionándolo con palabras que resuenan a comunidad, como integración social, identidad y solidaridad colectiva: "Para muchos críticos de la modernidad que tratan de defender la familia, la tradición, la autoridad y la religión como las únicas fuentes de interacción ética, los nuevos movimientos pueden aparecer como un ejemplo más de desenfrenado individualismo, de narcisismo y voluntarismo. Desde este punto de vista, [...] los movimientos podrían ser interpretados como parte de las contradicciones culturales del capitalismo, al destacar la gratificación, la inmediatez y la autoexpresión, en contra de la ética del trabajo exigida por el sistema político-económico. Tanto el desenfrenado racionalismo crítico como el egoísmo autoindulgente parecen destruir los vínculos sociales y los fundamentos esenciales para el mantenimiento de la moral. Sin embargo, se podría señalar que los recursos para [...] la integración social no están amenazados por la presencia de movimientos sociales sino [todo lo contrario, ya que] las instituciones básicas del sistema político -partidos, parlamento, elecciones y sindicatos- han perdido la capacidad de proporcionar identidades y solidaridades

colectivas. El sistema político excluye la expresión de las preocupaciones que no están sujetas al cálculo estratégico..." (Jean Cohen, *Rethinking social movements*, p. 110)

Habermas discute, por un lado, los elementos constitutivos de la modernidad, y por el otro, las diversas respuestas a la modernidad, -lo que nosotros llamamos reacciones-, y que para el caso que tenemos entre manos, se trata de la revuelta contra la complejidad por parte de muchos nuevos movimientos sociales. Así, establece tres tipos diferentes de movimientos sociales, si bien en la práctica los límites son difusos: los grupos de emancipación son los que buscan liberarse de una situación presente, superándola; los grupos de resistencia son aquellos que buscan mantener lo suyo en pie frente a algo que se les opone; y los grupos de repliegue son los que se cierran sobre sí mismos para su supervivencia. Combinando esta clasificación con las múltiples acepciones de comunidad, nos enfocaremos en los movimientos ecologistas, feministas, pacifistas, socialistas, subculturales y autonomistas. Como aclaración previa, cabe destacar que los movimientos sociales coinciden, desde esta visión, con lo que más arriba hemos denominado "comunidades desde abajo", ya que nacen y se reproducen en el seno de la sociedad civil, o, en otros términos, en el mundo de la vida, como reacción a las fuerzas homogeneizantes "desde arriba", o sistémicas.

3. Movimientos sociales y comunidades

Vamos a recorrer ahora los lineamientos básicos de seis movimientos sociales, intentando relacionar cada uno de sus rasgos teóricos o prácticos con las distintas acepciones de la idea de comunidad. Nuestro objetivo aquí es mostrar cómo los nuevos movimientos sociales pueden entenderse como formas de vida, concepciones del mundo, relaciones sociales o proyectos políticos, comunitarios o comunales. Es necesario destacar que estos movimientos no son homogéneos en su interior, es decir, no son unívocas sus características. No hay una sola teoría feminista o socialista, existen cientos o miles de subculturas diferentes en el mundo, se puede ser autonomista a nivel supra o sub nacional-estatal, y no hay una sola manera de imaginar un planeta verde o en paz. Por ello, nosotros haremos una suerte de resumen de cada uno de los movimientos, tomando sólo los rasgos más comúnmente compartidos por todos sus miembros, para continuar nuestro análisis.

Los movimientos ecologistas conforman grupos de resistencia, puesto que intentan mantener los niveles de autosustentabilidad de la naturaleza, a partir de una modificación, desaceleración o freno total del elemento destructivo que trae, principalmente, la industria. Podemos asociar el ecologismo a la noción de comunidad como antecedente histórico, en el sentido de que en el pasado no sólo no había necesidad de causar daño al medioambiente, sino

que incluso hubo épocas originarias en las que se supone que el hombre convivía en perfecta armonía con el ecosistema. También podemos asociar este movimiento a la noción de comunidad como "la otra parte" de la sociedad actual: si justamente lo que la distingue de otras sociedades es la particularidad de su producción industrial y la intensidad de su explotación de recursos, entonces toda otra sociedad es más ecologista. Finalmente, se podría asociar este movimiento a la noción de comunidad como núcleo de toda vida social, en tanto lo que profesan es que la clave para mantener cualquier forma de vida en el planeta es protegiendo el único medioambiente que tienen, y el único que de hecho permite la vida.

Los movimientos feministas constituyen movimientos de emancipación, ya que su principal objetivo es liberarse de la opresión en la que viven producto de las relaciones machistas que sostienen a esta sociedad tal cual es. En cuanto a la comunidad, vemos que el feminismo puede pensarse como antecedente histórico en el sentido de que, según los estudios antropológicos, muchas de las primeras civilizaciones humanas eran más bien matriarcales, incluso los dioses máximos eran mujeres, y por otro lado existe la fantasía de un pasado en donde, al no haber jerarquías de ningún tipo, habría igualdad entre los sexos. Luego, podemos asociar el movimiento feminista a la comunidad en tanto tipo ideal opuesto al presente, puesto que justamente, si la sociedad actual es asimétrica en la relación entre hombre y mujer, la otra cara de esto sería una sociedad en donde ambos sexos fueran iguales. Por último, asociamos el feminismo a la noción de comunidad como sustrato de toda socialidad, dado que su idea de superación de la actual asimetría no puede llevarse a cabo si no es apoyándose en relaciones e instituciones no-sexistas, a la vez que esta superación arrasaría con todas las otras desigualdades (económicas, políticas, culturales...).

Los movimientos pacifistas pueden ser entendidos como de resistencia, puesto que buscan mantener un estado de coexistencia entre los países o grupos de interés del planeta, frente a la tendencia a solucionar los problemas por las armas, y muy particularmente, a las armas de destrucción masiva. Además, podemos entender a este movimiento como cercano a nuestra concepción de comunidad como antecedente histórico, en el sentido de que en épocas anteriores, en caso de lucha, éstas eran de alcance limitado, además de que todos los pueblos contaban más o menos con la misma "tecnología" de guerra. Esto a diferencia de lo que sucede hoy, en que la capacidad destructiva de un grupo depende directamente de su poderío industrial de punta y de gran escala, con el desequilibrio a nivel mundial que esto trae. Como segundo punto, podemos comparar al pacifismo con la comunidad como contraparte de la sociedad moderna, dado que esta última es bien conocida como la era de las guerras mundiales, de las bombas nucleares y atómicas, de la carrera armamentista... Como última comparación, el movimiento pacifista se asemeja a la comunidad como fundamento de lo

social, en tanto que llegados a este punto del desarrollo de la industria bélica, la única posibilidad de mantener la vida -biológica y social- es justamente detener -por no decir eliminar- su despliegue y su puesta en práctica.

Los movimientos socialistas son fenómenos de emancipación, ya que su blanco es superar las relaciones capitalistas para pasar a un momento ulterior de la historia, caracterizado por un modo de producción en el que la estructura económica -y toda la sociedad que en ella se apoya- sea diferente. La relación con la comunidad como antecedente histórico la encontramos en la teoría sobre el modo de producción comunista primitivo, aquel que se basaba en la propiedad comunal de los recursos. La relación con la comunidad como el tipo ideal opuesto a la sociedad actual va por el lado de que justamente la sociedad actual es la sociedad capitalista, y la única alternativa a ella, según las posibilidades que ofrece el actual grado de desarrollo de las fuerzas productivas, es el socialismo o comunismo científico. Por último, el socialismo como comunidad núcleo de la vida social tiene que ver, según dos perspectivas diferentes, con una necesidad histórica, o con un deseo de triunfo político, de que la base de la sociedad sea la igualdad en términos económicos posibilitada por la redistribución del excedente de la producción. Y es esta base la que traería consigo la posibilidad de generar a su vez la superestructura de una sociedad también nueva.

Los movimientos subculturales implican un fenómeno de repliegue, dado que son llevados adelante por grupos que adoptan unas prácticas y unas ideas particulares, que los diferencian del resto de la sociedad civil, a la vez que para perpetuar la existencia del grupo como tal establecen reglas estrictas de entrada y salida del mismo. A la comunidad como antecedente la encontramos quizás en la figura del que se aparta -por voluntad o por la fuerza- de la sociedad donde vive justamente por ser o considerarse diferente, para "mejor" (magos, sabios, ascetas) o para "peor" (locos, enfermos, criminales). A la comunidad como forma opuesta a la sociedad actual la encontramos en que casualmente, los lemas de la sociedad moderna tienen que ver con un mundo de iguales, además del contexto ya mencionado de globalización, mientras que lo subcultural es un elogio de la diferencia. Por último, la comunidad como núcleo indispensable de la vida en sociedad la encontramos en la velada antropología de estos grupos, que evidentemente entienden a la especie humana como basada en lo alternativo, en lo particular, en lo diferente, y que justamente estos deben ser los componentes básicos de cualquier forma social, su riqueza.

Los movimientos autonomistas pueden caracterizarse como movimientos de repliegue, ya que su principal objetivo es independizarse respecto de un grupo más amplio al que pertenecen en contra de su voluntad y sus intereses, para mantener vivo aquello que los distingue de aquel y vivir de acuerdo a sus propias reglas. Podemos asociar esto a la

comunidad como antecedente histórico si pensamos en el prototipo de tribu tradicional que vive en aislamiento, fuertemente arraigada a lo propio, al punto de prohibir las relaciones de diverso tipo con otras tribus, especialmente si estas son más fuertes. Luego podemos asociar este movimiento a la comunidad como tipo ideal que se opone a la sociedad, por el componente globalizante y cosmopolita de la sociedad actual, en antagonismo a un pueblo que resiste la homogeneización. Finalmente, encontramos un parecido entre el autonomismo y la comunidad como sustrato de la vida social en tanto, al interior de ese grupo, lo único que parece no sólo mantenerlo unido sino que le da su identidad particular es aquello que precisamente lo diferencia del resto de los pueblos del mundo.

Como último punto sobre el tema, quisiéramos remarcar que todos estos movimientos sociales son asemejables a la noción ya desarrollada de comunidad como utopía, puesto que constituyen una especial combinación de ideales corporizados en grupos concretos, con deseos de cambio respecto de la situación actual, y prácticas que materializan esas imágenes del porvenir deseado. Ahora bien, cuando hablamos del cambio deseado, ¿nos referimos a un reemplazo radical de los paradigmas reinantes por otros distintos? ¿O acaso se trata de retomar los ideales originarios que modelaron nuestra época, para alcanzarlos de una vez por todas en lugar de quedarnos a medio camino? Al decir de Frankel, "El problema de la comunidad y la diversidad plantea invariablemente las cuestiones afines de si los movimientos sociales contemporáneos pretenden profundizar y radicalizar los valores, las instituciones y las promesas de modernidad, o si son las manifestaciones más visibles de la ruptura 'posmoderna' con la época moderna." (Frankel, 1988, p. 170). O, como se pregunta más adelante: "¿La modernidad estará cumplida cuando los principios universales de igualdad, democracia y libertad reemplacen a la estrecha superstición, la dominación de clases y el privilegio? ¿O bien estos objetivos universales significan la subordinación de los movimientos sociales minoritarios a los dictados de la razón objetiva o universal? (Frankel, 1988, p. 171). Estos interrogantes no encuentran respuesta en este trabajo, pero lo que queda claro y que debemos rescatar es que, como superación o como profundización de la modernidad, los movimientos sociales constituyen proyectos utópicos. Para avanzar en la cuestión, el próximo apartado lo dedicaremos a desplegar el concepto de utopía.

4. Utopía y comunidad

"Una utopía es estática, está congelada en una perfección irreal, y suele modelarse sobre cierto ideal imaginario del pasado. [...] Las utopías permanecen en el mundo de las

ideas si no están vinculados a planes concretos de acción y organización. [...] De todos modos, cabe aclarar que la tradición utópica ha funcionado históricamente como fuente de inspiración, como rechazo a la aceptación resignada de lo que hay." (Frankel, 1988, p. 26) En todas las características mencionadas aquí puede encontrarse la comunidad: que es estática y perfecta como un tipo ideal; que está modelada sobre algo ya acontecido, como la apropiación de un pasado histórico o inventado, o la construcción de un relato; que permanece en el mundo de las ideas, cuando se reduce a un discurso de lo comunal, o que se pone en acción, entendida como acción de grupo, comunitaria; que es fuente de inspiración, sea a partir de un pasado ido, de lo opuesto a un presente, o de un futuro deseado; y que rechaza lo que hay, es decir, que se coloca en la otra cara de lo que en ese momento es lo actual. En el libro de Boris Frankel se citan diferentes autores que opinan sobre la utopía. Nosotros tomaremos esas citas e intentaremos aclarar sus diferentes posturas a partir del arsenal teórico trabajado hasta aquí. Nuestra hipótesis será que el concepto amplio de utopía, tal como lo esbozamos recién, es pasible de abarcar a la comunidad en sus diversas acepciones.

Uno de los rasgos característicos de la utopía, en relación con su utilidad práctica, es que constituye un momento en el proceso de cambio social, que es inicial, necesario, motivador, y superable. Esto implica que es el primero de varios eslabones de una cadena que comienza con un proyecto de acción y continúa con una acción proyectada, -en el sentido de Alfred Shutz-, es decir que el acto ideado es utopía, pero el acto consumado ya no. Es necesario en tanto entendemos que la acción a la que conduce es de índole política, y por ello se proyecta de acuerdo a un cálculo racional que requiere de esa idea previa, que es el motivo y el fin -en el sentido de Weber, y aunque por supuesto conlleva también un fuerte componente afectivo y/o normativo-. Por eso también decimos que funciona como motor de la acción, o motivación, y que es un momento que se supera en tanto se pasa a esa acción. En palabras de Touraine, "El pensamiento utópico es indispensable como una etapa en el proceso de cambio social y cultural." (Alain Touraine, *The voice and the eye*, citado en Frankel, 1988, p. 25). Ahora bien, podemos asociar esta noción de utopía a la de comunidad como núcleo de lo social, ya que esta última constituiría una parte central de la vida en sociedad, su basamento último e indispensable ontológicamente, pero que está lejos de constituir el todo social, más abarcativo y dinámico.

Otra característica importante de la utopía, más allá del grado de posibilidad que tiene de convertirse en realidad, dado un determinado contexto histórico, es que siempre es un proyecto en potencia. En el momento en el que una utopía se alcanza, deja de ser utopía, pues para serlo debe ser total, perfecta, inmutable, y bien sabemos que la realidad es todo lo

contrario, es parcial y particular, impredecible y corruptible, histórica y cambiante. "Todos los esquemas utópicos, aún cuando puedan formular una penetrante crítica a la situación social dada, aún cuando el ideal propuesto pueda aparecer como deseable, no han podido determinar el modo y los medios necesarios para su realización y se han convertido, por lo tanto, en nada. La utopía ha continuado siendo siempre un deseo piadoso..." (Georg Lukács, *Tactics and ethics*, citado en Frankel, 1988, p. 25) Al igual que la utopía, la comunidad como proyecto ideal de futuro es siempre eso mismo: proyecto, ideal, futuro. Jamás la realidad equivale a un paraíso. La historia no puede ser igual al fin de la historia.

Algo utópico, en pocas palabras, es algo imposible. Y hay quienes afirman que lo único realmente imposible es aquello que va en contra del funcionamiento de la naturaleza. Marcuse nos dice: "Yo creo que actualmente podemos hablar de utopía en un sentido, [...], cuando un proyecto de cambio social contradice las leyes reales de la naturaleza. Sólo tal proyecto es utópico en el sentido estricto, es decir, más allá de la historia." (Herbert Marcuse, *The end of utopia*, citado en Frankel, 1988, p. 25) Sin entrar en terrenos desconocidos, arriesgaremos la propuesta de que uno de los factores que los hombres, en su vida cotidiana, toman como constantes es el paso de lo que solemos llamar tiempo. En este sentido, podemos decir que sería imposible, es decir, utópico, aquello que intentara ir en contra del tiempo. Entonces, si pensamos por ejemplo en las utopías primitivistas, vemos que el elemento utópico es justamente el deseo de hacer retroceder el tiempo para retornar a épocas pasadas. También desde la teoría marxista podemos decir que nunca se podrá revivir una forma de vida pasada, puesto que entre aquel momento y el actual se ha modificado la base material de la sociedad, y puesto que a cada base material le corresponde una forma social particular -y diferente-. Del mismo modo, creemos que la comunidad como momento histórico anterior es utópica en el sentido mencionado, ya que los movimientos sociales que se apoyan en estas construcciones del pasado, intentan sostenerlas en el presente, y convertirlas en la realidad del futuro: he ahí su utopía.

Quisiera destacar otro rasgo de la utopía, que tiene que ver con un posible "parecido de familia" -al decir de Ludwig Wittgenstein- con la noción de fantasía. Apoyados en un conocimiento muy básico de la teorías de la psicología acerca de los procesos de imaginación, podríamos decir que la fantasía es una construcción que expresa algo no-realmente existente, pero que sin embargo toma ciertos elementos de la realidad para construirse. También desde la filosofía del lenguaje sabemos que no se puede pensar nada que esté por fuera de nuestras posibilidades de comunicarlo. De igual forma, la utopía expresa un ideal, pero se apoya en ciertas realidades, a las que modifica, incluso al punto de invertirlas. La siguiente frase de Engels hace mención solapada a esta cuestión: "Los utopistas no podían ser nada más que eso

en una época en que la producción capitalista estaba tan poco desarrollada. Ellos tuvieron necesariamente que trazar un esbozo de una nueva sociedad sacándolo de sus propias cabezas, porque dentro de la antigua sociedad los elementos de la nueva no eran todavía visibles en general." (Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, citado en Frankel, 1988, p. 26) Si bien las proporciones varían, toda utopía es parte realidad y parte fantasía, y esto mismo podemos decir de la comunidad, entendida como "lo otro" de la sociedad actual. Cualquiera sea la forma de una sociedad dada, una comunidad -abstracta o de carne y hueso- creada en su seno tendrá al menos algunas características que la diferenciarán -o incluso opondrán- a esa sociedad.

5. Conclusión

Para concluir, nos gustaría hacer un repaso de los resultados a los que llegamos en nuestro camino. Por empezar, vimos que hay comunidades en la teoría (como antecedente histórico, como tipo ideal, como sustrato de lo social, como utopía) y comunidades en la vida social (comunidades desde arriba y desde abajo). En seguida asimilamos comunidades desde abajo a movimientos sociales, y vimos que distintos tipos de movimientos sociales contienen los distintos elementos analíticos de las comunidades teóricas. Después, establecimos una homologación necesaria entre movimiento social y utopía, para pasar finalmente a buscar paralelos entre los rasgos más sobresalientes de una utopía (momento indispensable de un proceso de cambio, siempre en potencia pero nunca en acto, imposible de realizar en su totalidad, basado en la realidad pero opuesto a ella) y los diversos tipos de comunidad en la teoría. Quedaría para algún trabajo posterior ver si los elementos analíticos de las comunidades teóricas, y si las características principales que hacen a una utopía, pueden ser aplicados a las comunidades desde arriba.

Creemos que este trabajo está en condiciones de sostener que todo movimiento social constituye una forma comunitaria e implica un proyecto utópico. Si esto es así, entonces es de suma importancia valorar la existencia de estos potenciales de protesta, en dos sentidos que en realidad se estrechan: en primer lugar, porque constituyen fuentes donde las personas pueden refugiarse de los problemas que genera la sociedad más amplia en la que viven, y así recuperar algún grado de seguridad e identidad, además de posibilitar relaciones de cercanía y afectividad; y en segundo lugar, porque implican constantes círculos de crítica constructiva respecto de aquella sociedad, aportando a reconstituir en sus miembros el sentimiento de motivación, y en el mundo, quizás, alguna que otra mejora.

Bibliografía

Bialakowsky, A. (2010), "Comunidad y sentido en la teoría sociológica contemporánea: las propuestas de A. Giddens y J. Habermas", *Papeles del Ceic*, 53: 1-29.

Cohen, J. (1983), "Rethinking social movements", *Berkeley Journal of Sociology*, 24: 97-113.

de Marinis, P. (2010), "Comunidad: derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica", *Papeles del CEIC*, 1: 1-13.

----- (2011), "La teoría sociológica y la comunidad: clásicos y contemporáneos tras las huellas de la 'buena sociedad'", *Entramados y Perspectivas*, 1 (1): 127-164.

Durkheim, E. (1967) [1893], *La división del trabajo social*, Schapire, Buenos Aires.

Frankel, B. (1988), *Los utopistas postindustriales*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Giddens, A. (1998) [1995], "Vivir en una sociedad postradicional", en U. Beck, A.

Giddens, y S. Lash, *Modernización Reflexiva*, Alianza, Madrid.

Gurrutxaga, A. (1991), "El redescubrimiento de la comunidad", *REIS*, 56: 35-60.

Habermas, J. (2003) [1981], *Teoría de la acción comunicativa II: Crítica de la razón funcionalista*, Taurus, Madrid.

Marx, K. y Engels, F. (1968) [1845], *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo.

Parsons, T. (1966) [1951], *El sistema social*, Revistas de Occidente, Madrid.

Weber, M (1944) [1922], *Economía y sociedad*, FCE, México.

